Imprimir

Es indudable que el movimiento feminista se ha convertido en un movimiento de masas, acciones como el #metoo o la fuerte reacción en las calles por el caso de la Manada han puesto de relieve que las mujeres no estamos dispuestas a tolerar la violencia sexual y que ya no habrá más silencio ante la violencia ejercida contra las mujeres. Estamos demostrando nuestra fuerza, evidenciando que el feminismo se ha convertido en los últimos años en el movimiento social con mayor capacidad transformadora. Parece pues que esta masificación nos ha venido bien en la práctica política, como forma de crecimiento, pero no tanto en la conformación o, mejor dicho, en la defensa de nuestra teoría. Y por bien que nos venga susodicha masificación, si no respetamos nuestra teoría acabaremos por transitar caminos inservibles en la práctica política. Lo que sucede es que se pretende que en el feminismo quepan ideas antagónicas. Pareciera que todo puede ser feminismo; la prostitución, esa forma atroz de violencia contra mujeres y niñas, es defendida como opción libre e incluso feminista o Inditex haciendo camisetas con nuestros lemas es feminista, por citar un par de ejemplos. El discurso feminista es instrumentalizado y apropiado por las más variopintas causas y acciones neoliberales y antifeministas. Pero por supuesto, el feminismo no es lo que cualquier persona crea que es. El feminismo, como toda teoría política, tiene un núcleo central de ideas, un ideario mínimo inquebrantable que si no se respeta no es feminismo. Esto responde a una tentativa de despolitización y de desarticulación teórica del feminismo. Entendible, por otra parte, porque el feminismo amenaza a los sistemas de dominación neoliberal y patriarcal en que estamos instaladas.

Son varias las estrategias de despolitización y desarticulación teórica utilizadas. Una de las más evidentes es negar el propio sujeto político e histórico del movimiento feminista, es decir, negar que las mujeres somos el centro y sujeto de nuestro movimiento. No creo que a nadie se le ocurriese decir que el sujeto político de la lucha obrera es el burgués y no el obrero, pero con el feminismo en estas estamos. Desde posturas posmodernas y tesis queer nos animan a “arriesgar o ampliar” el sujeto político del feminismo. Ampliando el sujeto político corremos el riesgo de acabar siendo una conjunción de colectivos, una más de las diversidades, para acabar defendiendo y exigiendo una serie de vindicaciones que a las mujeres no nos conciernen. Además, las mujeres no somos un colectivo ni una identidad. No

somos un colectivo ni una diversidad porque somos la mitad de la población con una agenda de emancipación clara. No somos una identidad porque nacer mujer determina nuestra posición estructural en el mundo, nuestra posición subordinada en la jerarquía sexual. No se nos olvide que nacer mujer es una condena a ser sometida a prácticas aberrantes en demasiadas partes del mundo, así que no podemos perdernos por caminos posmodernos que dejen de defender y poner en el centro a las mujeres.

Otra forma de desarticular la teoría feminista es asumir como feminista la teoría queer. Pero antes de adentrarme en este tema, quisiera aquí pararme siguiendo el análisis hecho por la maestra Amelia Valcárcel, en la agenda feminista, las conquistas feministas y sus consecuencias no queridas o precipitados laterales. La agenda ilustrada empezó a señalar la posición de subordinación sexual de las mujeres en todos los aspectos vitales y sociales. La agenda sufragista se centró en los derechos civiles, educativos y políticos y también comenzó a cobrar fuerza el abolicionismo con la militancia de sufragistas como Josephine Butler. La agenda contemporánea incluye la plenitud de los derechos, la paridad y hemos puesto el foco especialmente en la violencia sexual que sufrimos las mujeres, incluidas la explotación sexual y reproductiva que supone la prostitución y los vientres de alquiler.

Además, el feminismo lidia en Occidente con agendas sobrevenidas que se suman a la principal. La primera es consecuencia de la globalización y es el multiculturalismo. En primer lugar, debemos diferenciar los términos “multiculturalidad” y “multiculturalismo”. Como explica Celia Amorós, con el término multiculturalidad “hacemos referencia al hecho sociológico de que diferentes culturas coexistan en el mismo ámbito geográfico. Cuando usamos el término multiculturalismo estamos denotando una tesis normativa acerca del modo en que deberían coexistir las diferentes culturas y, por vía de implicación, cómo tendrían que gestionarse políticamente tales diferencias”. Por tanto, multiculturidad es un término descriptivo, y multiculturalismo, un término normativo.

En palabras de Amelia Valcárcel, “el multiculturalismo es un juicio sobre el hecho innegable de la multiculturalidad. Consiste en afirmar que es buena en sí y que hay favorecerla en toda ocasión. Que las identidades suman y nunca restan. Que lo malo es el universalismo”. El

problema es cuando esas supuestas identidades culturales o religiosas chocan frontalmente con el respeto a los derechos humanos de las mujeres, cuando esas identidades son construidas en los mismos cuerpos de las mujeres. Y digo supuestas porque bajo el término "identidad" se esconden prácticas misóginas y patriarcales que edifican y apuntalan la opresión sexual de las mujeres.

Como afirma Michèle le Doeuff, las mujeres tenemos "sobrecarga de identidad". Se nos endosa la función de asumir las presuntamente genuinas esencias de las culturas, sus núcleos simbólicos más duros". Núcleo simbólico duro es tapar y velar a las mujeres, privarlas de su propia individualidad y hacerlas portadoras de una moral particular derivada de las imposiciones del género y/o religiosas. Ni el multiculturalismo ni la libertad individual son justificaciones válidas para mantener prácticas opresivas que en tantos países y a tantas mujeres han encarcelado y asesinado por revelarse contra ellas. Lo que las mata allí, no puede ser legitimado aquí. No podemos reivindicar como identidad lo que se ha construido específicamente para las mujeres, para mantenerlas en su lugar en la jerarquía sexual. Si queremos conformar una propia identidad, que sea desde la libertad y la autonomía, rechazando las imposiciones patriarcales y los discursos que las refrendan. Apoyar y divulgar estos discursos es traicionar a las mujeres que pierden la libertad e incluso la vida, en la lucha por la liberación de todas las mujeres.

La otra agenda sobrevenida se trata de la prostitución "voluntaria" y los vientres de alquiler "altruistas". Las feministas sabemos que en estas prácticas no hay voluntariedad ni altruismo. Son prácticas realizadas en casi la totalidad de las ocasiones por mujeres migrantes pobres. Y esto evidencia la intersección de los sistemas de dominio patriarcal, colonial y neoliberal que operan en una institución fundacional del patriarcado como es la prostitución. Y aquí podemos hablar de la cultura de la prostitución como el conjunto de ideas que tratan de legitimar la explotación sexual de las mujeres.

Parte de esta cultura son los falaces discursos de la "libre elección" o del "trabajo sexual" y además se pretende hacer creer, como lo han hecho incluso desde el Ministerio de Igualdad como pretexto para no aprobar una legislación abolicionista, que este es un debate que sigue

dándose en el movimiento feminista. No es así. El feminismo lo tiene claro desde sus inicios; desde los Cuadernos de Quejas del siglo XVIII, pasando por las feministas sufragistas, marxistas o radicales, siempre se ha conceptualizado en el mismo sentido, diciendo que la prostitución es violencia contra las mujeres y vulneración de los derechos humanos.

La defensa de la prostitución no tiene cabida en el feminismo. No están atrapadas millones de mujeres en el sistema prostitucional, para que permitamos estas pretensiones de legitimación. Esto no es una escisión ni un debate en seno del movimiento feminista. A lo que estamos asistiendo es a la infiltración del lobby proxeneta en filas feministas. Representantes del "sindicato" OTRAS se presentan en nuestras asambleas para tratar de meter en los manifiestos el "trabajo sexual". De nuevo recordarles que el feminismo es abolicionista desde su nacimiento. No lo saben porque no les interesa el feminismo, sino ser apoyados por el mismo y con esto avanzar hacia la regulación de la prostitución.

No hay escisión del movimiento feminista, sino resistencia de las mujeres feministas, una lucha por no dejar entrar a quienes lo dinamitarían desde dentro por sus propios intereses, esto es regular la prostitución para legitimar social y jurídicamente la explotación sexual de las mujeres y niñas.

Otro ejemplo son las "revueltas puteriles" a las que asistimos este año en Madrid que nos ridiculizan como feministas y banalizan al movimiento. Recordemos: una señora con un cuerno en la cabeza y un varón leyendo un "manifiesto puteril" a favor del "trabajo sexual". A este espectáculo esperpéntico, a esta apología de la explotación sexual de las mujeres se atrevieron a llamarlo feminismo. O acabamos con estos conatos colaboracionistas o nos quedamos sin movimiento feminista. Nos asesinan, nos prostituyen. Y esta gente se dedica a tocar castañuelas y ponerse pelucas mientras reivindican y celebran las prácticas que nos esclavizan. No podemos permitir esta transmutación a movimiento despolitizado e inservible, a semejante ridiculez insustancial.

Estas agendas sobrevenidas no pueden apartarnos de nuestra agenda principal. Debemos denunciar sin descanso estas tentativas de apropiación del discurso feminista que no tienen

más finalidad que legitimar, revistiendo de modernidad y transgresión prácticas que nos dañan a todas las mujeres.

Retomo para hablar sobre la teoría queer lo que antes enunciaba (utilizando la terminología de Valcárcel) como precipitado lateral o consecuencias no queridas de las conquistas feministas. Como precipitado lateral del feminismo contemporáneo o quizá más concretamente de los estudios de la mujer (los ahora conocidos y mal denotados "estudios de género") son las proliferaciones varias del posmodernismo, entre las que podemos incluir la teoría queer.

Por activa y por pasiva, se nos dice que esta es una teoría transgresora y feminista pero lo cierto es que nada tiene que ver con el acervo feminista. Sí, habla de temas de los que se ha ocupado el feminismo, pero de forma totalmente opuesta. Por ejemplo, la propia conceptualización que del género hace la teoría queer y el feminismo. El feminismo afirma que el género es una construcción socio-cultural impuesta en función del sexo con el que nacemos, el conjunto de estereotipos sexistas, funciones y mandatos que recibimos las mujeres por nacer mujeres. El género es entonces la piedra angular sobre la que se asienta la subordinación sexual de las mujeres. Sin embargo, la teoría queer dice del género que es una vivencia interna, una manifestación de nuestra personalidad.

Donde nosotras vemos herramienta de dominación, la teoría queer ve identidad. Y esto no ha dejado de ser un clásico argumento patriarcal ("las mujeres es que son así, es su naturaleza") para someternos, por eso es tan sorprendente que a esto se le llame feminista. La teoría queer ha elaborado listas de géneros, por eso habla de personas no binarias o gender fluid. Esto está muy bien para que cada uno se identifique en su casa con lo que quiera, pero resulta que no ofrece ninguna solución al problema que supone la jerarquía sexual. La solución feminista y colectiva es la abolición del género, no la multiplicación del mismo. Por eso y otras cuestiones, muchas feministas afirmamos que la teoría queer es una teoría individualista y antifeminista.

Sin teoría cierta no hay práctica política coherente. Por eso, a pesar de agendas sobrevenidas

y precipitados laterales varios no podemos abandonar nuestro corpus teórico para apostar por teorías peregrinas que nos empujarían a una práctica política ineficiente y dañina. Tenemos pues que defender que el sujeto político del feminismo somos nosotras, las mujeres, y seguir luchando por la abolición del género, la prostitución, la pornografía o los vientres de alquiler. En definitiva, por la abolición de todas y cada una de las instituciones y prácticas sociales que subordinen y dañen a las mujeres, vengan de donde vengan y las revistan de la modernidad que las revistan.

PAULA FRAGA, Jurista

Fuente: https://blogs.publico.es/otrasmiradas/30093/ni-division-ni-ruptura-resistencia-a-la-tentativa-de-despolitizacion-y-desarticulacion-teorica-del-feminismo/

Foto tomada de: concepto.de/